

# El Museo Julio Lobo

Por Rafael Suárez Solís

**A**HORa La Habana estrena casi todos los días un rango nuevo de capitalidad. Al principio fueron de un orden físico. (Primero vivir; luego filosofar). No todos se recibieron con agrado. "¿A qué cambiar si en Cuba se vive bien de cualquier modo?" Las modas chocan a simple vista. Después viene el sustituir el ¡qué barbaridad! por un ¡no está mal! Ocurre en todas partes y en todos los terrenos: el vestuario, el económico, el político, el artístico... La razón de los cambios pertenece a la Historia, y la Historia sólo se ve y comprende después. Son pocos los que la prevén y se atreven a darle crédito y coraje. Dimitir el pasado para internarse en el futuro es el envite menos frecuente de la inteligencia. En el prólogo a "Fausto" pone Goethe a discutir al Poeta con el Gracioso. El segundo se burla de las exaltaciones del primero de este modo: "Lo que demasiado pronto crece, pronto acaba". La réplica del Poeta es tan sensata como un sueño: "Pero el laurel tardío crece en el porvenir". Y aquí la risa del Gracioso: "¡Oh, la posteridad! ¡Sublime nombre! ¿Y qué? ¿Nada merece nuestro siglo? Pues si para el porvenir trabajara yo también, fuera pena vivir en estos tiempos. Los que viven tienen la justa pretensión de divertirse antes de sus nietos. Yo hago lo que puedo para divertirlos, que divertir a muchos es mi empleo. Vos, que aspiráis a ilustres sufragios, sean también para el siglo vuestros versos. Tened pasión, y sentimiento, y alma y también locura, que todo es bueno".

Pero pongamos a un lado el teatro, para el que hace más de un siglo hablaba Goethe, y pongamos atención a uno de los hechos más singulares entre los del orden cultural de los acaecidos en los últimos tiempos: el gesto del señor Julio Lobo de constituir una fundación a la que donar su extraordinario caudal de obras artísticas y documentos históricos para un museo que lleve su nombre. Sólo lo que atañe a material napoleónico es, según los entendidos, una de las mejores colecciones del mundo. La altura de esta noticia discute talla nacional al más ingente rascacielos, moda urbana de hoy. Es el laurel simbólico y tardío con que el Poeta de "Fausto" replica al Gracioso. ¿Qué sería del porvenir de los pueblos sin la exaltación de los filántropos? Lo son los poetas, los industriales, los científicos, los políticos; cuan-

tos se apartan del acomodamiento para lanzarse al futuro por el camino de los sueños.

Desde ahora deja de doler la fundación Cintas donada a Nueva York con dinero cubano; sin que esto quiera decir que toda la culpa pertenezca al donante. El señor Oscar Cintas veía a Cuba desde los Estados Unidos, y procedió como si fuera un millonario norteamericano. Su nombre y sus obras pudieran correr aquí la triste suerte de tantas cosas y hombres como se llevó la vorágine de una república sin frenos. Norteamérica es una democracia frenada por la experiencia de una política que persigue dar destino social al dinero, el trabajo y la cultura. Y como no es fácil dejar esa tarea a la espontánea voluntad del egoísmo individual, el Estado la impone por medio de la ley. Los tres factores—cultura, trabajo y dinero—derivan de la administración pública aplicada al servicio colectivo, de cuya perfección depende el bienestar común. Y la filantropía. Porque el dinero quieto deja de ser, bajo la vigilancia del Estado, propiedad privada para convertirse en propiedad pública; a menos que el dueño prefiera ser mecenas a simple contribuyente anónimo. Así fue como los (aquí un nombre cualquiera de los magnates norteamericanos), en vez de regresar al origen de su apellido sin resonancia social lo exhiben hoy como un título nobiliario, dando nobleza al dinero ganado a fuerza de trabajo.

Alguien, desasistido de la fe democrática, preguntará por qué el señor Julio Lobo, al igual que el señor Oscar Cintas, no volcó sus ricas colecciones en las muchas salas vacías que aún hay en el Palacio de Bellas Artes, ahora al cuidado inteligente y fervoroso del doctor Octavio Montoro. Da pena contestar sinceramente. Obliga a reconocer que Montoro todavía no es inmortal como presidente del Patronato de Bellas Artes y Museos Nacionales, ni los locales que vigila y ordena tienen todavía el respaldo de una política inmortal. Cuba, como territorio independiente, es un país bien o mal gobernado. Como nación aprende las enseñanzas de la Historia con mejor o peor propósito. Y le falta bastante para ser un Estado. A Estado llegará cuando la política—"arte de hacer posible lo que es necesario"—obligue a todos saber lo que puede hacerse y lo que no, porque la ley la tenga más en la masa de la sangre que en escrituras donde cada uno pone la vista a gusto de su personal conveniencia.

Entretanto, al señor Julio en Cuba, a tamaño de magnate, un gran filántropo de la cultura republicana. Si no cede sus tesoros artísticos e históricos al Estado, quizá por no verlo en forma concreta, lo pone al servicio de la nación, todavía pueblo inconcreto; pero cada día con perfiles nacionales más netos. Practica con generosidad el olvidado principio de la ley básica, donde se habla de la función social del trabajo, el capital y la cultura. Y en vez de pensar en el mausoleo donde se desvanezca y olvide su nombre, funda el museo en que su nombre se perpetúe como un título de nobleza cubana.